

## LA BRECHA

Alfredo Joignant  
Profesor Titular  
Escuela de ciencia política  
Universidad Diego Portales  
[www.alfredojoignant.cl](http://www.alfredojoignant.cl)

Vaya que han pasado cosas en Chile desde 2011. Hoy las vemos con nitidez gracias a la campaña presidencial. ¿Qué pasó, exactamente, para que hoy se hable con naturalidad de reforma tributaria y de la eliminación del FUT? ¿Qué pudo ocurrir para que hoy se reivindique muy en serio la educación pública superior gratuita, y no sólo de calidad? Algo muy relevante debe efectivamente haber sucedido en las creencias y en la cultura de los chilenos para que en 2013 se vean con claridad los cerrojos anti-democráticos de la Constitución de 1980 y se reivindique públicamente la idea-cuco de asamblea constituyente. Por cierto, varias de estas ideas provocan miedo, y hasta pavor en algunos miembros de las elites políticas: desde Jovino Novoa hasta Enrique Krauss en sus respectivos partidos, quienes consideran expresiones de insensatez echar –dicen ellos- por la borda dos décadas de acuerdos. ¿Cómo no verlo? Tanto en la derecha como en el sector más conservador del PDC, la asamblea constituyente provoca pánico, sin reparar que lo que subyace a ella es la idea (banal y obvia, a decir verdad) de radicar la decisión de cambio constitucional en el mismísimo pueblo. Y lo mismo sucede en algunos sectores marginales de la academia, desde Gonzalo Rojas hasta Pablo Ruiz-Tagle. Entonces, ¿qué ocurrió en Chile a partir de 2011?

Pues emergieron de modo espectacular nuevos movimientos sociales, cuya irrupción tiene poco y nada que ver –contrariando la creencia ingenua de algunos economistas- con malas políticas públicas. ¿Cómo no reparar que para que se hayan movilizado centenares de miles de chilenos por la educación, en contra de hidroaysén, por la defensa de las minorías sexuales, por intereses territoriales hasta llegar a paralizar ciudades completas, se requiere de mucho más que de políticas públicas fallidas o defectuosas? Lo que se puso en juego desde 2011 es una controversia, seria y profunda, sobre nuestro modelo de desarrollo, la que se sustenta en creencias, intereses e ideologías en pugna: para unos, es el mercado el mejor mecanismo asignador de recursos y el promotor del desarrollo, mientras que para otros es en el Estado en quien debe recaer la conducción y orientación de la vía chilena al desarrollo. Mercado versus nueva política industrial.

Si todos estos cambios fueron posibles, es porque en Chile se abrió en 2011 una brecha hegemónica: ¿es justo nuestro modelo? ¿debemos subordinar la desigualdad al crecimiento? ¿es razonable que el destino de cada uno de nosotros en áreas vitales no esté relacionado con la suerte de otros? ¿es moral que algunos chilenos puedan comprar su bienestar (de acuerdo a sus posibilidades) desentendiéndose del resto, a quienes se les asigna sólo un mínimo público común? En 2012, Michael Sandel publicó

un libro importante que para algunos autores de “El otro modelo” constituyó un gran impacto político e intelectual. En ese texto, “What money can’t buy”, Sandel muestra cómo ciertos bienes esenciales para la vida experimentan una degradación una vez que ingresan a la esfera del mercado y quedan absolutamente subordinados al juego de la libre competencia: ese es el caso de la educación, de la salud y de muchos otros, en donde el goce del bien depende finalmente de la capacidad de pago de cada cual. Existen límites morales a ciertos mercados, y es el reclamo por esos límites lo que se encuentra en el origen de la brecha hegemónica. Si Evelyn Matthei hoy declara su admiración y preferencia por los “países nórdicos”, esto es por modelos de desarrollo en donde los Estados cumplen un rol que nada que tiene que ver con el chileno, es porque está experimentando la brecha, proponiéndose colmarla con soluciones que dejaron de pertenecer a la ortodoxia neoliberal.

Pero tengamos cuidado. La historia no está escrita, y estas brechas de sentido pueden terminar mal. Si no existe fuerza política para colmarla, aprovechando la fortaleza intelectual observable en el Chile del post-2011, el riesgo de restauración conservadora estará siempre presente. Allí está mayo del 68: una fecha que en muchos sentidos conmueve, pero que políticamente terminó mal para la izquierda.